

ENCUENTRO DE LABORALES EN ALCALÁ DE HENARES
12 y 13 de octubre de 2012

Señoras y señores, compañeros y amigos...:

Permitidme que me presente: Mi nombre es Juanjo Ruiz Plaza, aunque en Roquetas de Mar, de donde vengo, casi todos me llaman Maestro.

Soy, como vosotros, un antiguo alumno de la Universidad Laboral de Córdoba en la que cursé mis estudios entre 1959 y 1962. Hice Transformación Industrial en el Luis de Góngora y el laboral superior en el Colegio San Alberto. Al acabar la reválida de 7º me dieron un enorme disgusto cuando nos dijeron que no podíamos continuar Peritaje Industrial como esperábamos... y que nos teníamos que marchar para casa. A cambio, me dieron un título de Técnico Especialista en Mecánica y Electricidad del Automóvil... especialidad que nunca he ejercido porque la vocación por la docencia ya había comenzado a aporrear las puertas de mi alma.

Y tengo que confesaros una cosa: Hoy no recuerdo prácticamente nada de lo que estudié en la Laboral durante esos tres años... pero os juro que no he olvidado nada de lo mucho que aprendí allí; de lo que me enseñaron día a día mis profesores, mis educadores, mis compañeros... porque con ellos, con vosotros, aprendí el valor de la amistad, de la responsabilidad, de la satisfacción por la obra bien hecha, de cómo te sientes crecer cuando compartes... Me acuerdo ahora de aquel bollo caliente que comprábamos en la panadería cuando íbamos por los sótanos camino de las pistas de atletismo y que compartía con un compañero de Jaén... nos lo metíamos dentro del chándal y nos servía para mitigar el frío intensísimo de aquellas mañanas blancas de escarcha...

Nunca he olvidado que con vosotros nació en mí el amor por el deporte, de una manera muy especial por el voleibol... afición que tantos años he compartido y comparto con mi amigo y paisano Antonio Campos...

En la Uni se alimentó mi devoción por el Cine... a pesar del rodaje de "Hola Muchachos", ¿recordáis? Todavía conservo las octavillas de color que nos entregaban en las sesiones del cineforum con la ficha y los datos técnicos de la película que veíamos y comentábamos en aquel primer salón de los comedores...

Allí aprendí a amar la radio... ¡qué mundo tan apasionante! Por cierto... ¿os acordáis del somier de las camas? Era la antena perfecta para nuestras radiogalenas... un auricular de teléfono escondido bajo la funda de la almohada... y a escuchar la radio... Ríete tú de los mp3...

En la Laboral, con el Sr. Chica aprendí a leer en las partituras los acompañamientos en clave de FA... y el Padre Herviti me enseñó a interpretar la partitura de mi vida en clave de FE...

Fueron muchas y muy profundas vivencias para un chaval como yo que pretendía afrontar el futuro vestido de luces... pero que apenas era un maletilla haciendo tapia en la placita de tientas de la vida.

Dejadme que os cuente una cosa: Andaba yo hace un par de años con la organización de un Pregón Taurino en el Castillo de las Roquetas cuando se me acercó un señor que se dio a conocer como antiguo laboral de Córdoba y me regaló este escudo de la Uni que llevo en la solapa. Ese señor era Juan Antonio Olmo.

Unos meses después, llegando el verano de 2011, suena una mañana el teléfono de casa y...

- Si, dígame...
- Por favor, ¿don Juan José Ruiz?
- Sí, soy yo...
- Juan José, no sé si te acordarás de mí... Mi nombre es Emilio Alcaraz...

¡Santo cielo! Al otro lado de la línea estaban mis 14 años recién cumplidos, mi primer viaje en tren, mi llegada en plena noche a la estación de Córdoba, un extraño autocar, al que le faltaba un trozo delante al otro lado del conductor, en el que dejamos atrás las luces de la ciudad y que me abandonó absolutamente solo, con una maleta a mi lado que me empezaba a pesar como si fuese de plomo, bajo unas columnas que yo veía altísimas, a los pies de una enorme escalinata de la que surgió como una aparición una figura embozada, como escapada de una película en blanco y negro... Se presentó como *Fray Pampín*; me dio la bienvenida a la Laboral y me acompañó por un interminable pasillo con ventanales a lado y lado por los que sólo se veía la noche, y que se iba haciendo cada vez más largo a medida que mi conductor iba pulsando interruptores, apagando y encendiendo tubos fluorescentes.

Cuando ya estaba a punto de rendirme y dejarme caer sobre aquel suelo que brillaba como un espejo, el Hermano abrió una puerta de cristales a nuestra derecha, atravesamos un amplio recibidor, y nos enfrentamos con una escalera por la que, más que subir, me arrastraba bajo el peso de mi inseparable maleta. Y así hasta que me dejó en una habitación del 2º piso del Colegio Luis de Góngora. Esa noche no pude dormir: me acordaba de mi casa, de mis padres, de mis amigos... Fue una noche muy triste que dio paso a los tres mejores años de mi vida.

Pues todo eso, y mucho más, es lo que me hablaba al otro lado del teléfono cuando mi amigo *Emilio Alcaraz* me preguntó si me acordaba de él. Cómo no me iba a acordar de ti, amigo... si sólo habían pasado 50 años. Cómo no iba a acudir a su cita en Carboneras para conocer a su esposa *Marisa*; reencontrarme con *Miguel*, laúd como yo en la primera Tuna que el *Sr. Chica* montó en la Uni, y que me presentó a *Goyi*, su encantadora mujer; abrazar como si nos conociésemos de siempre a *Bartolo*, que venía expresamente de Córdoba para pasar el día con nosotros; y disfrutar con la animada conversación de *Adita e Iñaki*, unos vascos con tan buen gusto... que se vienen a pasar sus vacaciones a las playas de Vera.

¿Cómo no iba a acudir yo? Lo único que sentí es que no me pudo acompañar *Mami*, porque ese día ejercíamos de "Abuelos sin fronteras".

Cómo me alegro de haber descolgado el teléfono esa mañana. Fue un día extraordinario, lleno de conversaciones que se cruzaban pero que, inevitablemente, acababan siempre en un punto común compartido por todos en nuestro "recuerdo laboral".

¡Qué comida tan deliciosa en un pequeño restaurante junto a la playa! Y qué agradable sobremesa, a pesar de mis recitados.

Cuando ya la caída de la tarde comenzó a empujar a cada mochuelo hacia su olivo, surgió inevitablemente aquello de... "Amigos, esto hay que repetirlo antes de que vuelvan a pasar otros 50 años".

Ahí es nada... 50 años.

Pero como no estoy yo muy convencido de que dentro de 50 años tenga ya el cuerpo para muchas juergas, no he querido desaprovechar la oportunidad de vivir este encuentro... y de que Mari Carmen, mi media naranja granáina, lo disfrute hoy conmigo.

Cuando Iñaki me llamó para decirme que la Organización me había designado para cerrar este acto cultural, me entró el canguelo en el cuerpo y estuve a punto de inventarme una excusa para no venir. Le pregunto: - ¿...Y qué demonios quieres que yo les diga a esa gente, que ni siquiera se acordarán de mí? - Su respuesta fue muy tranquilizadora y disipó todas mis dudas. Me dijo que me pusiera la corbata y que dispongo de 10 minutos para contaros mi vida y hacer tiempo a que los del restaurante terminen de freír las croquetas...

Él quería que yo acabara esta intervención leyendo para vosotros un poema. Recuerdo que en Carboneras os hice "El perro cojo"... y que hoy tú querías escuchar "Los cinco toritos negros" de ese granadino universal con nombre de torero cordobés que se llama Manuel Benítez Carrasco... Pero no va a ser así; luego, si quieres, en la comida te lo leo... Aunque una de mis grandes pasiones es la poesía taurina, y yo sé que aquí entre nosotros hay muchos y muy buenos

aficionados, sé también que hay otros compañeros que no ven claro el binomio toro-cultura.

Y como aquí no hemos venido a tensionar sino a disfrutar del encuentro, voy a deciros este otro que estoy seguro de que os va a gustar y de que muchos os lo sabéis de memoria.

De manera que, del sevillano Rafael de León, VIII marqués del Valle de la Reina, VII marqués del Moscoso y IX conde de Gómara ...

Profecía

Me lo dijeron ayer
las lenguas de doble filo,
que te casaste hace un mes...
Y me quedé tan tranquilo.

Otro cualquiera, en mi caso,
se hubiera echado a llorar;
yo, cruzándome de brazos,
dije que me daba igual.
Nada de pegarme un tiro,
ni enredarme a maldiciones,
ni apedrear con suspiros
los vidrios de tus balcones.
¿Que te has casado? ¡Buena suerte!
Vive cien años contenta
y a la hora de la muerte
Dios no te lo tenga en cuenta.
Que si al pie de los altares
mi nombre se te borró,
por la gloria de mi madre
que no te guardo rencor.
Porque sin ser tu marido
ni tu novio, ni tu amante,
yo soy quien más te ha querido:
¡con eso tengo bastante!

Mi padre dijo a mi madre:

-- ¿Qué tiene el niño, Malena?
Anda como trastornado;
le encuentro cara de pena
y el colorcillo quebrao.
Y ya no juega a la tropa,
ni tira piedras al río,
ni se destroza la ropa
subiéndose a coger nidos.
¿No te parece a ti extraño?
¿No es una cosa muy rara
que un chaval con doce años
lleve tan triste la cara?

Mira que soy perro viejo,
y estás demasiado tranquila.
¿Quieres que te dé un consejo?
Vigila, mujer, vigila...

Y fueron dos centinelas
los ojillos de mi madre.
-- Cuando sale de la escuela
se va pa los olivares.
-- ¿Y qué busca allí?
-- Una niña:
tendrá el mismo tiempo que él.
José Miguel no le riñas,
que está empezando a querer.

Mi padre encendió un pitillo,
se enteró bien de tu nombre,
y te compró unos zarcillos,
y a mí, un pantalón de hombre.

Yo no te dije "te adoro",
pero amarré a tu balcón
mi lazo de seda y oro
de primera comunión.
Y tú, fina y orgullosa,
me ofreciste en recompensa
dos cintas color de rosa
que engalanaban tus trenzas.

-- Voy a misa con mis primos.
-- Bueno; te veré en la ermita.

¡Y qué serios nos pusimos
al darnos agua bendita!
Mas, luego, en el campanario,
cuando rompimos a hablar:

-- Dice mi tía Rosario
que la cigüeña es sagrá...

-- Y el colorín y la fuente,
y las flores, y el rocío,
y aquel torito valiente
que está bebiendo en el río.
Y el bronce de esta campana,
y el romero de los montes,
y aquella raya lejana
que le llaman horizonte.
¡Todo es sagrado! Tierra y cielo,
porque todo lo hizo Dios.
-- ¿Qué te gusta más?
-- Tu pelo.
¡Qué bonito me salió!
Pues, y tu boca, y tus brazos,
y tus manos redonditas,
y tus pies, fingiendo el paso
de las palomas zuritas.

Con la blancura de un copo
de nieve te comparé.
Te revestí de piropos
de la cabeza a los pies.
A la vuelta te hice un ramo
de pitiminí precioso,
y luego nos retratamos
en el agüita del pozo.
Y hablando de estas pamplinas
que inventan las criaturas,
llegamos hasta la esquina
cogidos de la cintura.
Yo te pregunté:
-- ¿En qué piensas?
Tú dijiste:
-- En darte un beso.
Y yo sentí una vergüenza
que me caló hasta los huesos.
De noche, muertos de luna,
nos vimos en la ventana.
-- Mi hermanillo está en la cuna;
le estoy cantando una nana.

*"Quítate de la esquina,
chiquillo loco,
que mi padre no quiere
ni yo tampoco".*

Y mientras que tú cantabas,
yo inocente, me pensé
que la nana nos casaba
como a marido y mujer.
¡Pamplinas, figuraciones
que se inventan los chavales!
Después la vida se impone:
tanto tienes, tanto vales...
Por eso yo, al enterarme
que llevas un mes casá,
no dije que iba a matarme
sino... ¡que me daba igual!

Mas, como es rico tu dueño,
te vendo esta profecía:
tú, cada noche, entre sueños,
soñarás que me querías,
y recordarás la tarde
que tu boca me besó
y te llamarás ¡cobarde!
como te lo llamo yo.
Y verás, sueña, que sueña,
que me morí siendo chico
y se llevó una cigüeña
mi corazón en el pico...
Pensarás: No es cierto nada;
yo sé que lo estoy soñando.
Pero allá a la madrugada
te despertarás llorando
por el que no es tu marío
ni tu novio, ni tu amante,
sino... ¡el que más te ha querío!
¡Con eso tengo bastante!